

# LA DUQUESA DE LA VALLIERE.

Huid, honores de la tierra! Todo vuestro esplendor *no cubre nuestras debilidades y faltas: las oculta á solos nosotros, para hacerlas conocer á los demás...* BOS-  
SUET. SERMON EN LA PROFESION DE MA-  
DAMA LA VALLIERE. (1)

**V**oy á describir las debilidades de un amor desgraciado, y la funesta influencia de una passion culpable, sobre el destino de una muger sensible y nacida para la virtud. ¡Qué moral será este cuadro, si sus colores son vivos! El dará á la imaginacion aquella idéa necesaria para disi-

(1) La historia está perfectamente seguida, como se ha dicho ya en el Prólogo. Mucho se ha agregado; pero nada se ha omitido. Si todos los hechos verdaderos estuviesen anotados, este libro, desde la presentacion de la heroína en la córte, con-

par los vanos prestigios que la extravían, tocando el corazón por medio del horror. Conocerá los zelos, los temores, las inquietudes mas violentas; y que la amargura del remordimiento destruye las ilusiones y todo el encanto del amor. Se verá, que es imposible romper los vínculos sagrados del deber, sin caer en la mas vergonzosa esclavitud. En fin, se demostrará, cuán cruel es la tiranía de las pasiones; y que la virtud, lejos de ser un pesado yugo, es un apoyo necesario. Los rasgos de semejante pintura deben encontrarse en la historia de esta víctima interesante del amor, que jamás se perdonó su debilidad, que sacrificó todo á su amante, sin esperar un instante de felicidad, que oprimida bajo el horroroso peso de la deshonra en medio de la pompa de la corte, viendo á sus pies al mas grande de los reyes, no recobró el reposo sino en la austeridad de un obscuro retiro. ¡Cómo podré expresar lo que ella sintió, y

---

tendría una nota á cada página; por lo que se ha puesto un pequeño número de ellas sobre algunos detalles que parecerían inverosímiles, ó de invención muy comun, si no fuesen históricos.—¡Oh, si meditásemos diariamente en este texto de Bossuet, cuántas faltas escusaríamos!—*El traductor.*

lo que sufrió? Su historiador no necesita mas que ser fiel y verdadero, para instruir é interesar cuanto debe.

La tierra de la Valliere, situada en una de las mas bellas provincias de Francia, á algunas leguas de Tours, pertenecía á la viuda del Marqués de S. Remigio. Su antiguo castillo, edificado en la pendiente de una montaña, dominaba por el costado de medio dia las orillas encantadoras del rio Loira; y los encorbados arboles de una vasta floresta, dando una sombra magestuosa, formaban una bóveda imponente y melancólica, delante de la fachada del Norte. Lo interior del castillo ofrecía por todas partes los restos de una antigua magnificencia, degradada por el tiempo. Allí se veía la prudente economía, y la noble sencillez de sus habitantes, que recordaba el lujo brillante de sus antiguos poseedores. Nosotros no tenemos ya sino recuerdos personales: ellos son limitados como la vida, y aun como la juventud, pues un pequeño número de años los compone. Nuestros padres los extendían hasta donde permitía la imaginacion y la memoria: recordaban con ternura las acciones de sus antepasados; trabajaban con ardor para su posteridad. Así lo pa-

sado como lo por venir, tenía para ellos toda su extension, de la que gozaban igualmente por sus recuerdos, sus sentimientos, sus proyectos y sus esperanzas. Todos cuantos amaron su pátria y sus reyes, han querido traer á la memoria los hechos que podian ilustrarlos. La parte mas bella de la historia nacional llegó á ser una tradicion de familia; y la gloria de sus abuelos fué entonces el bien hereditario mas precioso y estimable. Se conservaron en los castillos con un respeto filial, acompañado de vanidad, los muebles de sus padres; y se enseñaba la tapicería usada, que una abuela laboriosa habia tejido con sus manos. Se paseaba en las largas galerías cubiertas de retratos respetuosos de sus padres y soberanos. Cada aposento tenía su anécdota; y allí se hallaban los nombres de los Príncipes, y demás grandes personajes á quienes se habia dado hospedage. En estas venerables habitaciones no habia cosa que anunciase el gusto frívolo de la novedad: el olvido, el ingrato olvido jamás aparecía allí; por el contrario, todo llevaba el noble sello de la solidéz, de la gloria y del reconocimiento.

La Marquésa de S. Remigio vivia en este castillo veinte años, entregada al cuidado de la

educacion de su única y querida hija. No era lo que en estos dias se llama una madre apasionada; reinaba entónces en los afectos mas legítimos una naturalidad, una prudencia y una sencilléz, que no son dignas de compararse con las pasiones impetuosas. No se hablaba de los sentimientos; la conducta debia probarlos; y solo habia necesidad de lisonjearse de ellos, cuando podian parecer dudosos. Se tenía con una hija la indulgencia y bondad propia de madre, acompañada de la dulce gravedad de un mentor y de una protectrix; en lo cual ganaba mucho la piedad filial, alimentándose de la estimacion, del respeto y de la veneracion.

Luisa de la Valliere justificaba por sus virtudes la ternura de la mejor de las madres: acababa de cumplir diez y siete años. Su figura no era ni comun, ni sorprendente; parecia hecha para enternecer y encantar el corazon, y no para deslumbrar los ojos: la expresion de la modestia, del candor y de la sensibilidad, embellecían todas sus facciones. Se le miraba sin admiracion; pero no se le examinaba con indiferencia. Sus ojos grandes, de un fondo azul obscuro, cubiertos de largas y negras pestañas: su blanco el mas puro, sin mezcla de encarnado,

daban á su fisonomía una dulzura encantadora. Su mirar tímido parecía implorar indulgencia. Su sonrisa llena de agrado era á las veces ingénua, tierna y espiritual. Su estatura perfecta, no obstante un accidente sucedido en su infancia, que la maltrató un pie; pero aun este defecto, que solo impropriamente podia llamarse tal, tenia en ella cierta gracia; porque lo disfrazaba con el paso lento, y un modo de andar tímido y mal asegurado, que parecia convenir á su figura delicada, modesta, y que conmovía, no menos que su aire, y el interés inexprimible que inspiraba toda su persona. Su alma era pura, noble y profundamente sensible. Unía grande nobleza de caracter á la modestia mas verdadera; y así se juzgaba tan inferior á los objetos de su cariño, que no podia envanecerse de sus propias cualidades. El orgullo nace del egoismo y de la sequedad del alma, que dejan la triste facultad de ver á los hombres sin ilusion, quitando el poder útil de juzgarse á sí mismo sin parcialidad. La Duquesa tenia toda la delicadeza propia de un gran talento, y mucha sensibilidad: su corazon era fácilmente herido; y entónces sufría tanto mas, cuanto su genial dulzura la impedía quejarse. Con fre-

cuencia se le acusaba de un humor desigual, cuando se quejaba en secreto de un agravio, que no se atrevia á reprochar; pero se disipaba prontamente esta dolorosa impresion: un ligero testimonio de afecto bastaba á persuadirle que era equívoco su concepto; como si un corazon sensible pudiera engañarse, cuando de continuo se halla disgustado! Nunca titubeaba en condenarse á sí misma, tratandose de justificar lo que amaba. ¡Cuánto tiempo y experiencia necesitó para ponerse en estado de hacerse justicia á sí misma sobre este punto!..... Ella tenia por su madre aquel sentimiento inspirado por la naturaleza, y perfeccionado por la religion, que á ningun otro es comparable; aquella profunda veneracion, y ciega confianza tan semejante á la fé religiosa. No necesitaba concebir las opiniones de su madre para adoptarlas; y solo trataba despues comprenderlas para instruirse mejor en ellas. Por su desgracia amó apasionadamente, y sin embargo, este ascendiente supremo sobre su entendimiento y su corazon, jamás lo dió sino á quien habia cuidado de su infancia, instruido su juventud, y formado su razon. ¡Tributo de respeto y reco-

nocimiento digno de una madre virtuosa, que solo puede ofrecer la piedad filial!

La Marquesa de S. Remigio habia admitido en su compañía una huerfanita parienta suya, seis años mayor que la Duquesa, á quien ésta desde su infancia profesó un amor fraternal, que duró toda su vida. Eudocia, así se llamaba esta jóven, era digna de inspirarlo; porque habia contribuido con sus consejos y buen ejemplo, á perfeccionar el carácter y los sentimientos de la Duquesa. El Baron de La Bau-me, padre de la Marquesa, poseía un pequeño territorio en aquellas inmediaciones; pero habia fijado su residencia en el castillo de la Valliere. Este anciano venerable, cubierto de gloriosas heridas, habia servido al Estado cincuenta años. La memoria de Henrique IV formaba el encanto de sus antiguos dias: sabia todas las anécdotas de la vida de este gran Príncipe; y el placer que sentia al referirlas, daba mayor interés á la narracion. Su pasion dominante habia sido siempre el amor á sus soberanos. Este sentimiento era entonces la prenda y el resultado de las virtudes mas estimables; se confundia con el amor á la pátria; tenia por base el reconocimiento debido á una larga cade-

na de beneficios, y por garante al honor, que hace los juramentos tan sagrados. El entusiasmo por el trono, debia probarse por el último grado de exaltacion, en un tiempo que la juventud dócil, sensible y generosa, escuchaba con respeto las lecciones de sus institutores, y buscaba la moral solo en la religion: en un siglo, en fin, ilustrado por diez años, con el reinado paternal de Henrique IV; por el ministerio orgulloso pero brillante de Richelieu; y por la pompa magestuosa y la gloria reluciente de los hermosos años de Luis XIV (1).

La Duquesa de la Valliere aprendió desde sus primeros años á venerar y amar su soberano. Su abuelo, paseando con ella la larga galeria del castillo, le mostraba frecuentemente los retratos de los reyes de Francia, diciéndole: ¡ved ahí los bienhechores de nuestra familia!..... El retrato de Luis XIV faltaba en esta coleccion; pero el Baron se prometía tenerle luego. Todos los acontecimientos públicos que podian interesar á la familia real, se celebraban en el

---

(1) Los que creen incompatible la grandeza de las naciones con el mayor brillo de la Religion cristiana, tendrán por fabuloso este rasgo de la historia Francesa.—*El traductor.*

castillo de la Valliere. Allí se meditaban con entusiasmo todos los rasgos de grandeza y bondad del jóven monarca, y este era el asunto de la conversacion ordinaria. La noticia de su matrimonio con la Infanta de España, se admitió con el mayor júbilo: al momento se iluminó el castillo, y reunidos los aldeanos, en medio de la alegría de una fiesta campestre, repetían el grito patriótico de aquel tiempo con transporte, uniéndose las aclamaciones para expresar el voto general, que era la larga y próspera duracion de la vida de su Magestad.

La Duquesa de la Valliere se educó con tanta sencillez como esmero: se le enseñó á pensar bien, y conducirse conforme á sus principios. La Escritura santa, meditada con frecuencia, algunos libros de piedad, la historia de Francia, muchas odas de Malherbe, y las tragedias del gran Corneille, formaron toda su instruccion. Ella leyó pocas obras; pero las repasaba varias veces, y con la mas reflexiva detencion. Estos libros no tenían doctrinas opuestas: todos le ofrecían una moral uniforme; y sus máximas saludables se grabaron indeleblemente en la memoria y en el corazon de la Duquesa. No hay cosa que contribuya mas á extender el espíritu y formar

el gusto, como la verdad. Cuando uno se halla en estado de juzgar, de comparar, y de raciocinar con exactitud, sus ideas van acompañadas de grandeza; no se prodiga la admiracion, ó no la excitan sino objetos dignos de ella: no se dá importancia, sino á lo que tiene un precio real; por el contrario, el error de nuestros juicios unido á la falsedad de las opiniones, es el origen de la puerilidad, del capricho, de la pequeñez é inconsecuencia.

Cuanto tiene la virtud de mas noble y elevado, exaltaba el alma pura y sensible de la Duquesa. La prudencia de su educacion y la sencillez de su vida, la habian preservado, hasta entonces, de esas ideas de novela, y de los desvíos de imaginacion, que en nuestros dias han tenido tan funesta influencia sobre el destino de la juventud. La soledad del castillo rara vez era turbada, aun en el Estio. La llegada de un extrangero era un suceso: el deseo de recibirle bien, el placer de llenar los deberes de la hospitalidad, daban una especie de interés á las visitas menos agradables. La cordialidad de la acogida inspiraba á los nuevos huéspedes una dulce confianza, y repartía el encanto sobre las conversaciones mas comunes. En todas las es-

taciones del año llegaban por la tarde pobres religiosos, fatigados de un largo camino á pie. Si era en el invierno, solo el aspecto de la gran chimenea y el brasero del salon, bastaba para reanimarlos: se les convidaba á acercarse. La madre de la Duquesa aderezaba el brasero, poniendo nueva leña; las jóvenes cedían al instante sus asientos á los buenos sacerdotes: la una les presentaba dos copas del mejor vino, con la mayor presteza, sirviendo con respeto á la ancianidad y la virtud; y los espectadores miraban, sonriéndose, la dulce imagen de la inocencia, embellecida por el sublime encanto de la piedad.

Un venerable Religioso, nombrado el P. Anselmo, venía al castillo con mas frecuencia que los otros, por estar dedicado cuarenta y cinco años á la religion y la humanidad, que ejercía en aquellos contornos, predicando y socorriendo á todos los infortunados que necesitaban de sus auxilios. El espuso, mas de una vez, sus dias en los incendios: pedía limosna para remediar los desastres que ocasionaban, cuando recaían en los pobres: asistía con esmero á los enfermos: instruía á los niños; y, no obstante la pesadéz natural de sus años, renacía en él la

fuerza y actividad, con la esperanza de ser útil á sus semejantes. La Duquesa le conocía y respetaba desde su infancia, conservando los dones que de él habia recibido, y entre ellos un rosario de coral que el santo Religioso habia traído de Roma, con el cual le obsequió un dia que la encontró en una cabaña, leyendo en alta voz en un libro piadoso á una pobre muger paralítica. Al ver esta accion, solo pronunció el Padre: *perseverad*. Esta palabra, en su boca, era un elogio que la animaba; y aquella misma noche le entregó el dicho rosario. Esta jornada hizo época en la vida de la Duquesa, de tal manera, que jamás pudo cosa alguna borrar su dulce memoria.

Un suceso interesante reunió una numerosa concurrencia en el castillo de la Valliere. Eudocia se casó con el Conde de Themine, Gentilhombre de aquel vecindario. La boda fué en el castillo, adonde concurrieron los parientes del Conde, entre los que se distinguía el jóven Marqués de Bragelone, que acababa de llegar para asistir al matrimonio de su primo hermano. Apenas contaba veinte años; habia salido de su casa muy jóven para seguir la carrera militar. Bajo un exterior tímido y frio, ocultaba una

imaginacion viva, mucho talento, y el corazon mas sensible. Tenía aquella violencia de carácter que viene de la energía del alma, y que por un contraste caprichoso produce cierta debilidad, tan peligrosa en las ocasiones mas importantes de la vida, cuando no nos hemos acostumbrado desde temprano á vencerla. El hombre violento, que cede á la impetuosidad de sus movimientos, será siempre víctima de su entusiasmo: si su fuerza no modera sus inclinaciones, ni doma sus pasiones, ella las exalta; y entonces se ve abatido y subyugado, por el mismo poder que le debia elevar y libertarle.

Todas las personas sensibles, que no han sufrido una pasion violenta, tienen ideas vagas del objeto desconocido ó imaginario, que podrá seducirlas y atraerlas: nuestro modo de ver, de sentir y juzgar, forma en nosotros aquel gusto particular, que determina y fija nuestros vivos afectos, no sobre el ente mas perfecto, sino el que parece creó naturaleza para agradarnos.

El Marqués de Bragelone experimentó esta atraccion irresistible al dirigir la vista á la Duquesa, y la distinguió con una especie de sobresalto. Esta vista despertaba en él todas las ideas de sus delirios mas interesantes; ella rea-

lizaba los sueños confusos, pero encantadores, de su exaltada imaginacion: fijos los ojos en la Duquesa, esperaba con emocion que rompiese el silencio, é hizo la demostracion mas completa de alegría, al oir aquella voz dulce, afectuosa y tímida, que penetró hasta el fondo de su alma. La Duquesa hablaba al P. Anselmo, y su fisonomia encantadora expresaba la mas tierna veneracion. El Marqués se aproximó al P. Anselmo, y no se separó de él en el resto del dia, porque el buen religioso, con viva efusion de su corazon, hacia el mas sincero elogio de la virtuosa jóven. Es un ángel, decia: se le conoce con solo mirarla: el candor, la inocencia y la bondad, están pintadas en su semblante. Mirad ese continente noble y modesto: ese aire humilde, sumiso y cariñoso, con su madre y su abuelo: observad como atiende á su amiga, y con qué gracia y sencillez hace los honores de la fiesta. Ha elegido el lugar mas separado de la concurrencia; nada muestra en ella el deseo de parecer, ó la menor agitacion; sin embargo, á pesar de esa reserva, de esa calma tan dulce, ella ha preparado todo, y no hay cosa á que no tenga el ojo atento. Diariamente hace lo mismo desde su tierna infancia. Aquí cesó el buen Religioso, con-



templando á la Duquesa con la mayor ternura; y el Marqués, que le escuchaba con inaudito placer, le suplicó continuase. Ah! exclamó el venerable Anselmo, los domésticos del castillo y los pobres del lugar, la alabarian mejor que yo!... Estas últimas palabras conmovieron profundamente al Marqués. En este momento la Duquesa salió de la sala: cuando volvió á entrar, la miró el Marqués con nueva inquietud, de manera que le pareció mas atractiva y cuasi celestial.

Hoy no se forman de este modo las pasiones: el amor quiere celebridad; la opinion general decide su eleccion. Las mugeres, adornadas, mas bien que embellecidas con el brillo que puede dar la cultura del espíritu y el encanto de los talentos, pueden con mas facilidad alucinar, que interesar verdaderamente. Es necesario dar el nombre de amor á esta especie de sentimiento que se inspira, brillando en la conversacion por medio de ocurrencias ingeniosas, danzando, cantando, ó tocando un instrumento con destreza (1). No: sin-duda; porque tambien se

(1) Tal es hoy el desgraciado fin de los enlaces que se suponen mas ventajosos. Pero los predicadores de la ilustracion y libertad del bello séxo,

han creado nuevas frases para pintar este amor á la moda. *Le han trastornado la cabeza: lo han seducido*: así se explican comunmente. ¿No valdria mas ser amado? Pero no se atrahe, excitando una frívola admiracion: los sucesos brillantes pueden valer conquistas; mas para ganar los corazones, y, sobre todo, para fijarlos, es preciso un aliciente mas dulce.

¡Qué profundo y durable es este amor, inspirado, no en el tumulto de un baile, ó de un brillante concierto, sino en el interior de una interesante familia! ¡Como toca el corazon este sentimiento tan noble y tan puro, que se forma y fortifica por los mismos principios que se hace respetar! Tal fué la primera pasion que hizo nacer la Duquesa. El Marqués de Bragelone la amó, como amaba la virtud; y esto fué con el mas vivo entusiasmo.

La Duquesa no conoció el sentimiento que inspiraba á un jóven, á quien apenas habia visto; pero su amiga la Condesa de Themine se hizo confidente de su primo, pocos dias despues de su enlace. Ella tenia gusto en hablar de la Du-

no son liberales con sus esposas é hijas, y gustan de que sean fanáticas; dando este impropio nombre á la virtud y al pudor.—*El Traductor.*

quesa, y observó prontamente cuanto interesaba esta conversacion al Marqués. Este descubrimiento la interesó; dió parte de él á la Marquesa de S. Remigio, y desde aquel instante quedó proyectado el casamiento de Luisa con el Marqués de Bragelone; pero vagamente, porque la edad de ambos contrayentes no permitia aun tomar un empeño positivo. El Marqués partió á su regimiento, sin que la Duquesa supiese los desig-nios de su familia, hasta despues de su salida: dió á ellos su consentimiento, sin gozo ni repug-nancia: no conocia al que se destinaba para su esposo; pero confiaba sin inquietud á la ternu-ra maternal su felidad y su destino.

Poco tiempo despues del casamiento de Eu-docia, el Baron de Baume, sucumbiendo á los achaques de su mucha edad, terminó dulcemen-te su larga carrera en los brazos de su hija y de su nieta. La salud de la Marquesa, que al-gun tiempo se hallaba quebrantada, se debilitó extraordinariamente en esta época desgraciada, haciendo el mal tan rápidos progresos, que co-noció se acercaba su último fin. Vió la muerte sin espanto, mas no sin dolor. Era madre, y su hija necesitaba de sus cuidados! La muerte es prematura para una madre, cuando llega, sin ha-

ber colocado sus hijos; los sentimientos entonces son justos, pues los excita el pesar de no haber llenado sus deberes.

El padre y abuelo de la Duquesa habian empleado cuasi toda su fortuna en el servicio de sus soberanos; y así su madre no podia de-jarle sino una hacienda de renta mediocre, y cargada de varios capitales á censo. Por esta cau-sa solicitó una plaza en la córte, y la obtuvo de camarista de la Señorita Henriqueta de Ingla-terra, cuñada del Rey. Menos inquieta ya so-bre la suerte de su hija, miró la suya, no solo sin terror, sino con la dulce esperanza que pue-de infundir la religion y la conciencia mas pura.

Cuando la Marquesa se sintió llegar al úl-timo período de su enfermedad, hizo llamar al P. Anselmo, que poseía toda su confianza. La con-desca de Themine corrió á su lado, y fué encar-gada de conducir á la córte á su amiga; lo que prometió llena de ternura y dolor á su mori-bunda bienhechora. La Duquesa se hallaba su-mamente oprimida, pálida, aniquilada, sin la fa-cultad siquiera de llorar, ni la fuerza suficiente para proferir palabra, é inmóvil á la cabecera de la cama; y no salió de este estado de estu-por, hasta que la Marquesa expirante se volvió